

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El viento en los sauces: Como tempestades de verano llegaron sus lágrimas (11/12)

Rata sacó una pequeña pata marrón, agarró al Sapo firmemente por el cuello y le dio un gran tirón; y Sapo, empapado, subió lenta pero firmemente por el borde del agujero, hasta que por fin estuvo a salvo en el vestíbulo, manchado de barro y maleza, sin duda, y con el agua cayéndole a chorros, pero feliz y animado como como antes, ahora que se encontraba una vez más en la casa de un amigo, y se habían acabado las evasiones y los rodeos, y podía dejar de lado un disfraz que era indigno de su posición y al que tanto le costaba dar la talla. —¡Oh, Ratita! —gritó—. ¡He pasado tantos momentos desde la última vez que te vi, no te imaginas! Tantas pruebas, tanto sufrimiento, ¡y todos tan noblemente soportados! Luego, ¡tantas fugas, tantos disfraces, tantos subterfugios, y todo tan hábilmente planeado y llevado a cabo! He estado en la cárcel y he salido de ella; he sido lanzado a un canal y nadé hasta la orilla; robé un caballo y lo vendí por una gran suma de dinero; he engañado a todo el mundo y les he hecho hacer exactamente lo que quería. ¡Oh, soy un Sapo inteligente, y no me equivoco! ¿Cuál crees que fue mi última hazaña? Espera a que te lo cuente...

—Sapo —dijo Rata de Agua, grave y firmemente—, sube de una vez, y quítate ese trapo de algodón viejo que parece haber pertenecido a alguna lavandera, límpiate bien y ponte alguna de mis ropas, y trata de bajar con aspecto de caballero si puedes; porque no he visto en mi vida un objeto más andrajoso, desaliñado y de aspecto más despreciable que tú. Ahora, deja de pavonearte y de discutir, ¡y vete! Tendré algo que decirte más tarde. Al principio Sapo se sintió inclinado a detenerse y replicarle. Ya se había hartado de que le dieran órdenes cuando estaba en la cárcel, y aquí estaba el asunto empezando de nuevo, al parecer; ¡y además por una Rata! Sin embargo, se vio a sí mismo en el espejo del sombrerero, con la gorra negra y ajada sobre un ojo, cambió de idea y subió rápida y humildemente al dormitorio de Rata. Allí se lavó y cepilló a fondo, se cambió de ropa y permaneció largo rato ante el espejo, contemplándose a sí mismo con orgullo y placer, y pensando en lo idiotas que debían de ser todos para haberle confundido por un momento con una lavandera. Para cuando volvió a bajar, el almuerzo estaba sobre la mesa, y Sapo se alegró mucho de verlo, pues había pasado por algunas experiencias difíciles y había hecho mucho ejercicio duro desde el excelente desayuno que le había proporcionado el gitano. Mientras comían Sapo le contó a Rata todas sus aventuras, insistiendo principalmente en su propio ingenio, y presencia de ánimo en emergencias, y astucia en lugares estrechos; y más bien haciendo ver que había tenido una experiencia

alegre y muy colorida. Pero cuanto más hablaba y alardeaba, más grave y silenciosa se volvía Rata. Cuando por fin Sapo se hubo callado, hubo silencio durante un rato; y entonces Rata dijo:

—Ahora, Sapito, no quiero generarte dolor, después de todo lo que ya has pasado; pero en serio, ¿no te das cuenta de que has estado haciendo el ridículo? Tú mismo has admitido que te han esposado, encarcelado, matado de hambre, perseguido, aterrorizado, insultado, abucheado y arrojado vergonzosamente al agua, ¡además por una mujer! ¿Qué tiene eso de divertido? ¿Dónde entra la diversión? Y todo porque tienes que ir a robar un coche a motor. Sabes que nunca has tenido más que problemas con los coches desde el primer momento en que viste uno. Pero si te vas a ver envuelto en ellos, como suele ocurrirte a los cinco minutos de arrancar, ¿por qué robarlos? Sé un lisiado, si crees que es emocionante; sé un arruinado, para variar, si te lo has propuesto; pero, ¿por qué elegir ser un convicto? ¿Cuándo vas a ser sensato, y pensar en tus amigos, y tratar de no ser un lastre para ellos? ¿Supones que es un placer para mí, por ejemplo, oír a animales decir, cuando voy por ahí, que soy el tipo que anda en compañía de presos fugados?

Ahora bien, un punto muy reconfortante en el carácter de Sapo era que era un animal de muy buen corazón y que nunca le importó que le tomaran el pelo los que eran sus verdaderos amigos. E incluso cuando más se empeñaba en una cosa, siempre era capaz de ver el otro

lado de la cuestión. De modo que, mientras Rata hablaba tan seriamente, no dejaba de decirse amotinadamente: —¡Pero ha sido divertido! ¡Horriblemente divertido! —y haciendo extraños ruidos reprimidos en su interior, k-i-ck-ck-ck, y puf-f-f, y otros sonidos parecidos a bufidos ahogados, o a la apertura de botellas de agua con gas, sin embargo, cuando Rata hubo terminado, lanzó un profundo suspiro y dijo, muy amable y humildemente—. ¡Muy bien, Ratita! ¡Qué sensato eres siempre! Sí, he sido un viejo asno engreído, puedo verlo perfectamente; pero ahora voy a ser un buen Sapo, y no lo haré más. En cuanto a los coches a motor, no me han gustado mucho desde la última vez que me zambullí en ese río tuyo. El hecho es que, mientras me agarraba al borde de tu agujero para recuperar el aliento, tuve una idea repentina, una idea realmente brillante, relacionada con las lanchas motoras... ¡Bueno, bueno! No te pongas así, viejo amigo, y des un pisotón, y alteres las cosas; era sólo una idea, y no vamos a hablar más de ello ahora. Tomaremos nuestro café, fumaremos un cigarrillo y charlaremos tranquilamente, y luego iré tranquilamente al Salón de Sapo, me pondré mi propia ropa y volveré a poner las cosas en su sitio. Ya he tenido bastantes aventuras. Llevaré una vida tranquila, estable y respetable, ocupándome de mi propiedad, mejorándola y haciendo a veces un poco de jardinería. Siempre habrá algo de cenar para mis amigos cuando vengan a verme; y tendré un pony para correr por el campo, como solía hacer en los viejos tiempos, antes de que me volviera inquieto y quisiera hacer cosas.

—¿Pasear tranquilamente hasta el Salón de Sapo? —gritó Rata, muy excitada—. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que no te has enterado?

—¿Enterado de qué? —dijo Sapo, poniéndose bastante pálido—. ¡Vamos, Ratita! ¡Rápido! ¡No me dejes en vilo! ¿De qué no me he enterado?

—¿Quieres decirme —gritó Rata, golpeando con su pequeño puño sobre la mesa—, que no has oído nada de los Armiños y las Comadreas...

—¿Qué, de los Leñadores Salvajes? —gritó Sapo, temblándole todos los miembros—. No, ¡ni una palabra! ¿Qué han estado haciendo?

—...Y cómo han estado y se han llevado el Salón de Sapo? —continuó Rata.

Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las patas; y una gran lágrima brotó de cada uno de sus ojos, se desbordó y salpicó la mesa, ¡plop! ¡plop!

—Continúa, Ratita —murmuró al fin—, cuéntame todo. Lo peor ha pasado. Vuelvo a ser un animal. Puedo soportarlo.

—Cuando tú... te metiste en ese... problema tuyo —dijo Rata, lentamente—, quiero decir, cuando... desapareciste de la sociedad durante un tiempo, por ese malentendido con una... máquina, ya sabes...

Sapo se limitó a asentir.

—Bueno, se habló mucho de eso aquí abajo, naturalmente —continuó Rata—, no solo a lo largo de la orilla del río, sino incluso en el Bosque Salvaje. Los animales tomaron partidos, como siempre ocurre. Los ribereños te defendieron y dijeron que habías recibido un trato

infame, y que hoy en día no podía hacerse justicia en la tierra. Pero los animales del Bosque Salvaje dijeron cosas duras, que no te dieron la razón, y que ya era hora de que se pusiera fin a estas cosas. Y se pusieron muy gallitos, y fueron diciendo que esta vez estabas acabado. Que no volverías nunca más, ¡nunca!

Sapo asintió una vez más, manteniendo el silencio.

—Esa es la clase de bestias que son —siguió Rata—. Pero Topo y Tejón se aferraron, contra viento y marea, a que volverías pronto, de algún modo. No sabían exactamente cómo, ¡pero de algún modo!

Sapo empezó a sentarse de nuevo en su silla y a sonreír un poco.

—Argumentaron a partir de la historia —continuó Rata—. Dijeron que ninguna ley penal había prevalecido jamás contra una desfachatez y una plausibilidad como las tuyas, combinadas con una gran billetera. Así que acordaron trasladar sus cosas al Salón de Sapo, y dormir allí, mantenerla ventilada y tenerlo todo listo para cuando aparecieras. No sabían lo que estaba a punto de pasar, por supuesto; sin embargo, tenían sus sospechas de los animales del Bosque Salvaje. Ahora llegó a la parte más dolorosa y trágica de la historia. Una noche oscura, era una noche realmente oscura, y además el viento soplaba con fuerza y llovía a cántaros, una banda de comadreja, armadas hasta los dientes, subió silenciosamente por el estacionamiento de carruajes hasta la entrada principal. Simultáneamente, un grupo de hurones desesperados, avanzando a través del jardín de la cocina, se apoderó del patio trasero y

las oficinas; mientras una compañía de armiños escaramuzadores que no se detenían ante nada, ocupó el invernadero y la sala de billar, y se apoderó de las ventanas francesas que daban al césped. Topo y Tejón estaban sentados junto al fuego en el salón de fumadores, contando historias sin sospechar nada, pues no era noche para que ningún animal estuviera fuera, cuando aquellos sanguinarios villanos derribaron las puertas y se abalanzaron sobre ellos por todas partes. Se defendieron lo mejor que pudieron, pero ¿de qué sirvió? Estaban desarmados y les habían cogido por sorpresa, ¿y qué pueden hacer dos animales contra cientos? Agarraron y golpearon duramente con palos a esas dos pobres criaturas fieles, y las echaron al frío y a la humedad, con muchos insultos e improperios. El insensible Sapo soltó una carcajada, se recompuso y trató de parecer especialmente solemne.

—Y los animales del Bosque Salvaje han estado viviendo en el Salón de Sapo desde entonces —continuó Rata—; ¡y andando sencillamente de cualquier manera! Tumbados en la cama la mitad del día, desayunando a toda hora, ¡y el lugar con tal desorden, me dijeron, que no es digno de verse! Comiendo tu comida y bebiendo tu bebida, haciendo chistes malos sobre ti, cantando canciones vulgares sobre... bueno, sobre prisiones, magistrados y policías; horribles canciones personales, sin ningún humor. Y dicen a los comerciantes y a todo el mundo que han venido para quedarse.

—¡Ah, sí! —dijo Sapo levantándose y agarrando un palo—. ¡Ya me encargaré yo de eso!



—¡Es inútil, Sapo! —gritó Rata yendo tras él—. Mejor regresa y siéntate; sólo te meterás en problemas. Pero Sapo estaba fuera, y no había manera de retenerlo. Marchó rápidamente por el camino, con su bastón al hombro, echando humo y murmurando para sí en su ira, hasta que llegó cerca de su puerta principal, cuando de repente apareció de detrás de los palos un largo hurón amarillo con una pistola.

—¿Quién viene ahí? —dijo bruscamente el hurón.

—¡Tonterías! —dijo Sapo, muy enojado—. ¿Qué quieres decir hablándome así? Sal de ahí de una vez o te...

El hurón no dijo ni una palabra, pero se acercó la pistola al hombro. Sapo se dejó caer prudentemente en el camino, y ¡pum! una bala silbó sobre su cabeza.

El sobresaltado Sapo se puso de pie y corrió por el camino lo más fuerte que pudo; y mientras corría oyó al hurón reírse y otras horribles y delgadas carcajadas que continuaban el sonido.

Volvió, muy cabizbajo, y se lo contó a Rata de Agua.

—¿Qué te dije? —dijo Rata—. No sirve de nada. Tienen centinelas apostados, y están todos armados. Sólo tienes que esperar.

Pero Sapo no estaba dispuesto a rendirse aún. Así que sacó la barca y empezó a remar río arriba hasta donde el jardín del Salón de Sapo llegaba hasta la orilla.

Al llegar a la vista de su antiguo hogar, descansó sobre sus remos y observó el terreno con cautela. Todo parecía muy tranquilo, desierto y silencioso. Pudo ver toda la fachada del Salón de Sapo, resplandeciente bajo el sol del atardecer, las palomas posándose de dos en

dos y de tres en tres a lo largo de la línea recta del tejado; el jardín, un resplandor de flores; el arroyo que conducía a la casa-bote, el pequeño puente de madera que lo cruzaba; todo tranquilo, deshabitado, esperando aparentemente su regreso. Pensó que primero probaría en el cobertizo. Muy cautelosamente remó hasta la desembocadura del arroyo, y justo estaba pasando por debajo del puente, cuando... ¡Crash!

Una gran piedra, lanzada desde arriba, atravesó el fondo de la barca. Se llenó y se hundió, y Sapo se encontró luchando en aguas profundas. Al mirar hacia arriba, vio a dos armiños que se inclinaban sobre el puente y lo observaban con gran regocijo.

—¡La próxima vez será tu cabeza, Sapito! —le gritaron. Sapo, indignado, nadó hasta la orilla, mientras los armiños reían y reían, se apoyaban mutuamente y volvían a reír, hasta que casi les dan dos ataques, es decir, un ataque a cada uno, por supuesto.

Sapo recorrió su cansador camino a pie, y relató sus decepcionantes experiencias a Rata de Agua una vez más.

—Bueno, ¿qué te dije? —dijo Rata muy enfadada—. ¡Y ahora, mira aquí! ¡Ve lo que has sido y has hecho! Me has hecho perder el barco que tanto me gustaba. Y simplemente arruinaste ese bonito traje que te presté. De verdad, Sapo, de todos los animales que lo intentan, ¡me sorprende que te las arregles para conservar algún amigo.

Sapo vio de inmediato cuán equivocada y tontamente había actuado. Admitió sus errores y torpezas y se

disculpó plenamente con Rata por haber perdido su bote y estropeado su ropa. Y terminó diciendo, con esa franca resignación que siempre desarmaba las críticas de sus amigos y los ganaba de nuevo a su lado:

—¡Ratita! Veo que he sido un sapo testarudo y obstinado. En adelante, créeme, seré humilde y sumiso, y no emprenderé ninguna acción sin tu amable consejo y tu plena aprobación.

—Si eso es realmente así —dijo Rata de buen carácter, ya apaciguada—, entonces mi consejo es que, considerando lo tarde que es, te sientes y tomes tu cena, que estará en la mesa en un minuto, y seas muy paciente. Porque estoy convencido de que no podemos hacer nada hasta que hayamos visto al Topo y al Tejón, y hayamos oído sus últimas noticias, hayamos celebrado una conferencia y seguido su consejo en este difícil asunto.

—Oh, sí, bueno, por supuesto; Topo y Tejón —dijo Sapo, con ligereza—. ¿Qué ha sido de ellos, los queridos compañeros? Me había olvidado de ellos.

—Al fin lo preguntas —dijo Rata con reproche—. Mientras tú te paseabas por el país en caros coches de motor, y galopabas orgulloso sobre caballos pura sangre, y desayunabas en abundancia, esos dos pobres y devotos animales han estado acampando a la intemperie, con todo tipo de



clima, viviendo en condiciones muy duras de día y durmiendo muy mal por la noche; vigilando tu casa, patrullando sus límites, manteniendo un ojo constante sobre los armiños y las comadreja, maquinando y planeando cómo recuperar tu propiedad para ti. No te mereces tener amigos tan verdaderos y leales, Sapo, de verdad que no. Algún día, cuando sea demasiado tarde, lamentarás no haberlos valorado más mientras los tuviste.

—Soy una bestia desagradecida, lo sé —sollozó Sapo, derramando amargas lágrimas—. Déjame salir a buscarlos a la fría y oscura noche y compartir sus penurias, y tratar de demostrarles... ¡espera un poco! Seguro que he oído el tintineo de los platos en una bandeja. Por fin llegó la cena, ¡hurra! ¡Vamos, Ratita! Rata recordó que el pobre Sapo había estado en la cárcel durante un tiempo considerable, y que por lo tanto había que hacer grandes concesiones. Lo siguió a la mesa en consecuencia, y hospitalariamente lo alentó en sus esfuerzos valientes para compensar las privaciones pasadas.

Acababan de terminar de comer y volvieron a sus sillones cuando llamaron a la puerta.

Sapo estaba nervioso, pero Rata, asintiéndole misteriosamente, fue directamente a la puerta, la abrió, y entró el Sr. Tejón.

Tenía todo el aspecto de alguien que durante varias noches había estado lejos de casa y de todas sus pequeñas comodidades. Tenía los zapatos cubiertos de barro y un aspecto muy tosco y desaliñado; pero Tejón

nunca había sido un hombre muy inteligente. Se acercó solemnemente a Sapo, le estrechó la pata y le dijo: —¡Bienvenido a casa, Sapo! ¿Qué estoy diciendo? ¡Bienvenido a casa! Esta es una pobre bienvenida a casa. Infeliz Sapo —luego le dio la espalda, se sentó a la mesa, y se sirvió un gran trozo de tarta fría.

Sapo se alarmó bastante ante este estilo de saludo tan serio y portentoso; pero Rata le susurró:

—No importa; no le hagas caso; y no le digas nada todavía. Siempre está bastante decaído y abatido cuando le faltan provisiones. Dentro de media hora será un animal muy diferente.

Así que esperaron en silencio, y al poco rato se oyó otro golpe más ligero. Rata, con una inclinación de cabeza a Sapo, fue a la puerta e hizo entrar al Topo, muy andrajoso y sin lavar, con pedazos de heno y paja pegados en su pelaje.

—¡Hurra! ¡Aquí está el viejo Sapo! —gritó Topo, con la cara radiante—. ¡Qué alegría tenerte de vuelta! —y empezó a bailar a su alrededor—. Nunca soñamos que aparecerías tan pronto. Vaya, te las habrás arreglado para escapar, Sapo listo, ingenioso e inteligente.

Rata, alarmada, tiró de él por el codo; pero era demasiado tarde. Sapo ya resoplaba y se hinchaba.

—¿Inteligente? ¡Oh, no! —dijo—. No soy muy listo, según mis amigos. Sólo he escapado de la prisión más fuerte de Inglaterra, ¡eso es todo! Y capturado un tren y escapado en él, ¡eso es todo! Y me disfracé y anduve por el país fastidiando a todo el mundo, ¡eso es todo!

¡Oh, no! ¡Soy un imbécil! Te contaré una o dos de mis pequeñas aventuras, Topo, y juzgarás por ti mismo.

—Bueno, bueno —dijo Topo, acercándose a la mesa—; supongamos que hablas mientras yo como. No he probado bocado desde el desayuno. ¡Caramba! ¡Madre mía! —y se sentó y se sirvió abundantemente carne fría y pepinillos.

Sapo se sentó a horcajadas en la alfombra de la chimenea, metió la pata en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de plata.

—¡Mira esto! —gritó, mostrándolo—. No está mal, ¿verdad? Para unos minutos de trabajo... ¿Y cómo crees que lo hice, Topo? Traficando con caballos. ¡Así es como lo hice!

—Continúa, Sapo —dijo Topo, enormemente interesado.

—Sapo, cállate por favor —dijo Rata—. Y no le des cuerda, Topo, sabiendo lo que es; pero, por favor, dinos cuanto antes cuál es la situación, y qué es lo mejor que se puede hacer, ahora que Sapo ha vuelto por fin.

—La posición es tan mala como puede serlo —respondió Topo malhumorado—; y en cuanto a lo que hay que hacer, ¡vaya si lo sé! El Tejón y yo hemos dado vueltas y vueltas por el lugar, de noche y de día; siempre lo mismo. Centinelas apostados por todas partes, armas apuntándonos, arrojándonos piedras; siempre un animal al acecho, y cuando nos ven, ¡cómo se ríen! Eso es lo que más me molesta.

—Es una situación muy difícil —dijo Rata, reflexionando profundamente—. Pero creo que ahora veo, en lo más

profundo de mi mente, lo que Sapo realmente debería hacer. Se lo diré. Debería...

—¡No, no debería! —gritó Topo, con la boca llena—. ¡Nada de eso! No lo entiendes, lo que debería hacer es...

—¡Bueno, de todos modos, no lo haré! —gritó Sapo, excitándose—. ¡No voy a recibir órdenes de ustedes! Es mi casa de la que estamos hablando, y sé exactamente qué hacer, y se los diré. Voy a...

Los tres estaban hablando a la vez, a viva voz, y el ruido era ensordecedor, cuando se oyó una voz afilada y seca que decía:

—¡Cállense todos de una vez! —y al instante todos se callaron.

Era Tejón, quien, habiendo terminado su pastel, se había dado vuelta en su silla y los miraba severamente. Cuando vio que había captado su atención y que evidentemente esperaban que se dirigiera a ellos, se volvió de nuevo a la mesa y cogió el queso. Y tan grande era el respeto que inspiraban las sólidas cualidades de aquel admirable animal, que no se pronunció una palabra más hasta que hubo terminado por completo su banquete y se quitó las migas de las rodillas. Sapo se inquietó bastante, pero Rata lo sujetó firmemente.

Cuando Tejón hubo terminado, se levantó de su asiento y permaneció de pie ante la chimenea, reflexionando profundamente. Por fin habló.

—Sapo —dijo seriamente—, ¡Pequeño animal malo y molesto! ¿No te da vergüenza? ¿Qué crees que habría dicho tu padre, mi viejo amigo, si hubiera estado aquí

esta noche y se hubiera enterado de todas tus andanzas?

Sapo, que para entonces estaba en el sofá, con las piernas en alto, se tapó la cara, sacudido por sollozos de arrepentimiento.

—¡Ya, ya! —continuó Tejón, más amablemente—. No te preocupes. Deja de llorar. Vamos a dejar lo pasado en el pasado e intentar pasar página. Pero lo que dice Topo es muy cierto. Los armiños están de guardia, en cada punto, y son los mejores centinelas del mundo. Es inútil pensar en atacar el lugar. Son demasiado fuertes para nosotros. —Entonces todo ha terminado —sollozó Sapo, llorando entre los cojines del sofá—. ¡Iré a enlistarme como soldado, y no volveré a ver mi querido Salón de Sapo nunca más!

—¡Vamos, ánimo, Sapito! —dijo Tejón—. Hay más formas de recuperar un lugar que tomarlo por asalto. Aún no he dicho mi última palabra. Ahora voy a contarte un gran secreto.

Sapo se incorporó lentamente y se secó los ojos. Los secretos lo atraían inmensamente, porque nunca podía guardar uno, y disfrutaba de esa especie de emoción profana que experimentaba cuando iba y se lo contaba a otro animal, después de haber prometido fielmente que no lo haría.

—Hay-un-pasadizo-subterráneo— dijo Tejón, grandilocuente—, que va desde la orilla del río, muy cerca de aquí, hasta el centro del Salón de Sapo.

—¡Oh, tonterías! —dijo Sapo, con cierta ligereza—. Has estado escuchando algunas de las historias que se



cuentan en los bares de por aquí. Conozco cada centímetro de Salón de Sapo, por dentro y por fuera. Nada de eso, te lo aseguro.

—Mi joven amigo —dijo Tejón, con gran severidad—, tu padre, que era un animal digno (mucho más digno que otros que conozco), era amigo mío en particular, y me contó muchas cosas que no se le habría ocurrido decirte. Descubrió aquel pasadizo, que no hizo él, por supuesto; eso se hizo cientos de años antes de que él llegara a vivir allí, lo reparó y lo limpió, porque pensó que podría ser útil algún día, en caso de apuro o peligro; y me lo enseñó. '¡No dejes que mi hijo lo sepa!', me dijo. 'Es un buen niño, pero de carácter muy ligero y volátil, y no sabe contener la lengua. Si alguna vez se encuentra en un aprieto y le resulta útil, puedes contarle lo del pasadizo secreto, pero no antes'.

Los otros animales miraron a Sapo para ver cómo se lo tomaba. Al principio Sapo se mostró malhumorado, pero enseguida se animó, como buen muchacho que era.

—Bueno, bueno —dijo—; tal vez soy un poco hablador. Un tipo popular como yo, mis amigos se reúnen a mi alrededor, charlamos, chismorreamos, contamos historias ingeniosas, y de alguna manera mi lengua se mueve.

Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener una peluquería, vaya uno a saber por qué. No importa. Continúa, Tejón. ¿Cómo nos va a ayudar este pasaje tuyo?

—He descubierto un par de cosas últimamente —continuó Tejón—. Conseguí que Nutria se disfrazara de barrendero y llamara a la puerta trasera con cepillos al hombro,

pidiendo trabajo. Mañana por la noche habrá un gran banquete. Es el cumpleaños de alguien, creo que del Jefe Comadreja, y todas las comadrejas estarán reunidas en el comedor, comiendo, bebiendo, riendo y charlando, sin sospechar nada. Sin pistolas, sin espadas, sin palos, sin armas de ningún tipo.

—Pero los centinelas estarán apostados como siempre — comentó Rata.

—Exacto —dijo Tejón—, ese es mi punto. Las comadrejas confiarán enteramente en sus excelentes centinelas. Y ahí es donde entra el pasadizo. Ese túnel tan útil conduce justo debajo de la despensa del mayordomo, al lado del comedor.

—¡Ajá! ¡Esa tabla chirriante de la despensa del mayordomo! —dijo Sapo—. ¡Ahora lo entiendo!

—Entraremos sigilosamente en la despensa del mayordomo —gritó Topo.

—...con nuestras pistolas, espadas y palos... —gritó Rata.

—...y nos abalanzaremos sobre ellos —dijo Tejón.

—¡Y aprenderlos, aprenderlos, aprenderlos! —gritó Sapo en éxtasis, corriendo alrededor de la habitación y saltando por encima de las sillas.

—Muy bien entonces —dijo Tejón, retomando su habitual sequedad—, nuestro plan está resuelto y no hay nada más que discutir. Así que, como se está haciendo tarde, vayan todos a la cama inmediatamente. Mañana por la mañana haremos todos los preparativos necesarios.

Sapo, por supuesto, se fue a la cama obedientemente con el resto; sabía que no debía negarse, aunque se sentía demasiado excitado para dormir. Pero había

tenido un día largo, con muchos acontecimientos acumulados; y las sábanas y las mantas eran cosas muy agradables y reconfortantes, después de la simple paja, y no demasiada, esparcida sobre el suelo de piedra de una celda con corrientes de aire; y su cabeza no había estado muchos segundos sobre la almohada antes de estar roncando alegremente. Naturalmente, soñaba mucho: con carreteras que se le escapaban justo cuando él las quería, con canales que lo perseguían y lo atrapaban, y con una barca que entraba en el salón de banquetes con la ropa de la semana, justo cuando estaba dando una cena; y él estaba solo en el pasadizo secreto, empujando hacia adelante, pero se retorció y giraba y se sacudía, y se sentaba en su extremo; sin embargo, de alguna manera, al final, se encontró de nuevo en el Salón de Sapo, seguro y triunfante, con todos sus amigos reunidos a su alrededor, asegurándole seriamente que realmente era un sapo inteligente. A la mañana siguiente durmió hasta muy tarde, y cuando bajó se dio cuenta de que los demás animales habían terminado de desayunar hacía rato. Topo se había escabullido solo, sin decir a nadie adónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, sin preocuparse lo más mínimo de lo que iba a ocurrir aquella misma noche. Rata, en cambio, corría afanosamente por la habitación, con los brazos llenos de armas de todas clases, distribuyéndolas en cuatro montoncitos por el suelo, y diciendo excitadamente en voz baja, mientras corría:

—¡Aquí hay una espada para Rata, aquí hay una espada para Topo, aquí hay una espada para Sapo, aquí hay una espada para Tejón! Aquí hay una pistola para Rata, aquí hay una pistola para Topo, aquí hay una pistola para Sapo, aquí hay una pistola para Tejón —y así sucesivamente, de forma regular y rítmica, mientras los cuatro montoncitos crecían y crecían poco a poco.

—Todo eso está muy bien, Rata —dijo Tejón, mirando al pequeño animal por encima del borde de su periódico—. No te estoy culpando. Pero dejemos pasar a los armiños, con sus detestables armas, y te aseguro que no necesitaremos espadas ni pistolas. Nosotros cuatro, con nuestros palos, una vez dentro del comedor, limpiaremos el suelo de todos ellos en cinco minutos. Lo habría hecho todo yo solo, pero no quería privaros de la diversión.

—Es mejor estar seguros —dijo Rata reflexivamente, puliendo el cañón de una pistola con su manga, y mirando a lo largo de ella.

Sapo, habiendo terminado su desayuno, tomó un palo robusto y lo balanceó vigorosamente, derribando animales imaginarios.

—¡Yo les aprenderé a robar mi casa! ¡Les aprenderé! ¡Les aprenderé!

—No digas `aprenderé', Sapo —dijo Rata, muy sorprendida—. No es buen español.

—¿Por qué siempre estás regañando a Sapo? —preguntó Tejón, bastante malhumorado. —¿Qué le pasa a su español? Es el mismo que yo uso, y si es lo suficientemente bueno para mí, ¡debería serlo para ti!

—Lo siento mucho —dijo Rata humildemente—. Sólo creo que debería ser `enseñaré', no `aprenderé'.

—Pero no queremos enseñarles —respondió Tejón—.

¡Queremos aprenderlos, aprenderlos, aprenderlos! Y es más, ¡vamos a hacerlo también!

—Oh, muy bien, hazlo a tu manera —dijo Rata. Él mismo se estaba haciendo un lío, y en seguida se retiró a un rincón, donde se le oía murmurar `aprender, enseñar, enseñar, aprender', hasta que Tejón le dijo bruscamente que lo dejara.

De pronto Topo entró en la habitación, evidentemente muy satisfecho de sí mismo.

—He estado divirtiéndome mucho —empezó a decir—. ¡He estado sacando de quicio a los armiños!

—Espero que hayas tenido mucho cuidado, Topo —dijo Rata ansiosamente.

—Yo también lo espero —dijo Topo con confianza—. Se me ocurrió la idea cuando fui a la cocina a ver si le mantenían caliente el desayuno a Sapo. Encontré el viejo vestido de lavandera con el que llegó a casa ayer, colgado de un gancho delante del fuego. Así que me lo puse, y también la cofia y el chal, y me fui a Salón de Sapo, tan atrevida como quieras. Los centinelas estaban al acecho, por supuesto, con sus armas y me dijeron:

—¿Quién viene ahí?

—Buenos días, caballeros —dije muy respetuosamente—

¿Quieren lavar algo hoy?

Me miraron muy orgullosos, tiesos y altaneros, y me dijeron:

—Vete, lavandera. No lavamos cuando estamos de servicio.

—¿O en cualquier otro momento? —dije yo.

—¡Jajaja! ¿No fui gracioso, Sapo?

—Pobre animal frívolo —dijo Sapo, muy altivo. El hecho es que se sentía sumamente celoso de Topo por lo que acababa de hacer. Era exactamente lo que le habría gustado hacer a él, si se le hubiera ocurrido antes y no se hubiera quedado dormido.

—Algunos de los armiños se pusieron bastante rojos —continuó Topo—, y el sargento al mando, me dijo, muy bajito, me dijo:

—¡Ahora huye, mi buena mujer, huye! No tengas a mis hombres holgazaneando y hablando en sus puestos.

—¿Huir? No seré yo la que huya dentro de poco —le dije.

—Oh, Topito, ¿cómo pudiste? —dijo Rata, consternada. El Tejón dejó su papel.

—Pude ver cómo aguzaban las orejas y se miraban unos a otros —continuó Topo—. Y el sargento les dijo:

—No le hagan caso; no sabe de lo que habla.

—Oh, ¿no es así? —dije yo—. Bueno, déjame decirte esto. Mi hija lava para el señor Tejón, y eso te demostrará si sé de lo que hablo; ¡y tú también lo sabrás muy pronto! Cien tejones sedientos de sangre, armados con rifles, van a atacar el Salón de Sapo esta misma noche, por el potrero. Seis botes llenos de Ratas, con pistolas y sables, subirán por el río y desembarcarán en el jardín; mientras que un grupo de Sapos, conocidos como los Mortalistas o los Sapos de Muerte o Gloria, asaltarán el huerto y se llevarán todo por delante, gritando

venganza. Para cuando hayan acabado contigo, no quedará mucho de ti que lavar, a menos que te marches mientras tengas la oportunidad.

—Entonces eché a correr, y cuando estuve fuera de vista me escondí; y al poco rato volví arrastrándome a lo largo de la zanja y les eché un vistazo a través del arbusto. Estaban todos tan nerviosos como era posible, corriendo en todas direcciones a la vez, y cayéndose unos encima de otros, y cada uno dando órdenes a los demás sin escuchar; y el Sargento seguía enviando grupos de armiños a partes distantes de los terrenos, y luego enviaba a otros compañeros a traerlos de vuelta; Y los oí decirse unos a otros:

—Eso es igual que las comadreas; ellos van a instalarse cómodamente en el salón de banquetes, y a celebrar banquetes y brindis y canciones y toda clase de diversiones, mientras que nosotros debemos permanecer de guardia en el frío y la oscuridad, y al final ser despedazados por tejones sedientos de sangre.

—¡Oh, Topo tonto! —gritó Sapo—. ¡Has ido y lo has estropeado todo!

—Topo —dijo Tejón, a su manera seca y tranquila—, percibo que tienes más sentido común en tu dedo meñique que algunos otros animales en todo su gordo cuerpo. Te las has arreglado muy bien y empiezo a tener grandes esperanzas en ti. ¡Buen topo! Topo listo. Sapo estaba simplemente loco de celos, sobre todo porque no podía entender qué había hecho Topo para ser tan inteligente; pero, afortunadamente para él, antes

de que pudiera mostrar su mal genio o exponerse al sarcasmo del Tejón, sonó la campana para el almuerzo. Fue una comida sencilla pero sustanciosa: tocino y habas, y un budín de macarrones; y cuando terminaron, Tejón se acomodó en un sillón y dijo:

—Bueno, esta noche tenemos mucho trabajo por delante, y probablemente será muy tarde antes de que terminemos; así que voy a echar cuarenta cabezadas, mientras pueda —se cubrió la cara con un pañuelo y no tardó en roncar.

Rata, ansiosa y laboriosa, reanudó enseguida sus preparativos y empezó a correr entre sus cuatro montoncitos, murmurando:

—¡Aquí hay un cinturón para Rata, aquí hay un cinturón para Topo, aquí hay un cinturón para Sapo, aquí hay un cinturón para Tejón! —y así sucesivamente, con todos los nuevos accesorios que traía, lo cual parecía no tener fin; de modo que Topo pasó su brazo por el de Sapo, lo llevó al aire libre, lo empujó a una silla de mimbre y lo obligó a contarle todas sus aventuras de principio a fin, cosa que Sapo estaba muy dispuesto a hacer. Topo era un buen oyente, y Sapo, sin nadie que comprobara sus afirmaciones o lo criticara con espíritu hostil, se dejaba llevar. De hecho, muchas de las cosas que contaba pertenecían más bien a la categoría de lo que podría haber pasado si sólo lo hubiera pensado a tiempo en lugar de diez minutos después. Ésas son siempre las mejores y más emocionantes aventuras, y ¿por qué no habrían de ser verdaderamente nuestras, tanto como las cosas algo inadecuadas que realmente suceden?



